



mos ofendido para haber atraído sobre mí y sobre mi reino un tan grande mal? Lo que no debiste hacer hiciste con nosotros. Y continuando en sus quejas, añadió: ¿Qué has visto para hacer esto? Abraham respondió: «Pensaba dentro de mí, diciendo: quizá no haya temor de Dios en este lugar, y me matarán por causa de mi mujer. Por otra parte, es verdaderamente hermana mía, hija de mi padre, aunque no es hija de mi madre.» Palabras que se entienden comunmente de esta manera: Sara era hermana con el mismo título que Lot era hermano suyo; como este, ella descendía de Tharé por Aran, hermano de Abraham, pero nacida de otra madre. Así, Abraham y Sara habian nacido de un mismo padre, él en primer grado, ella en segundo; pero los dos tenían una madre diferente. Los hebreos no distinguían entre hija y nieta. Abraham podía decir al pié de la letra que era hija de su padre y hermana suya.

Entonces Abimelech tomó ovejas y bueyes, y siervos y siervas, y diólas á Abraham, y le restituyó á Sara su mujer. Y dijo: «A vuestra vista está la tierra; habita en donde bien te

placiere.» Y al mismo tiempo dijo á Sara: «He dado á tu hermano mil monedas de plata, esto os servirá para que tengais siempre un velo sobre vuestros ojos delante de todos los que están contigo, y adonde quiera que fueres; y acuérdate que has sido cogida.» Este velo es mirado por los intérpretes como un testimonio público que tributaba Abimelech al honor de Sara, y como un signo que demostraba á todo el mundo que estaba casada. Y haciendo oracion Abraham, sanó Dios á Abimelech y á su mujer y á sus siervas, y parieron; porque el Eterno habia castigado con la esterilidad á la casa de Abimelech, á causa de Sara, mujer de Abraham (1).

Se ve en la manera con que Dios habla á Abimelech, y en la que este responde, que Abimelech, rey de los filisteos, tenia conocimiento y temor de Dios. Encontraremos además otra prueba. Y como los filisteos eran una colonia egipcia, se puede creer que lo mismo sucedia poco más ó ménos en Egipto.

(1) Gén., 20.

## CAPÍTULO V

### Ismael é Isaac

Visitó el Señor á Sara, como lo habia prometido, y cumplió en ella su palabra. Conoció y parió un hijo en el tiempo que Dios habia predicho. Abraham le dió el nombre de Isaac, y le circuncidó al octavo día, como Dios se lo habia mandado. Abraham tenia entonces cien años. Y Sara decia, haciendo alusion al nombre de Isaac, que significa risa: «Dándome Dios un hijo, me ha dado un objeto de risa y de alegría; todo el que lo oyere se reirá conmigo.» Y luego añadió: «¿Quién creería que Abraham habia de oír que Sara daría el pecho á un hijo nacido en su vejez?»

Entre tanto, el niño creció y fué destetado. Abraham hizo en este dia un gran festin. Mas como Sara hubiese visto al hijo de Agar la egipcia burlarse de su hijo Isaac, dijo á Abraham: «Echa á esta esclava y á su hijo; porque el hijo de la esclava no ha de ser heredero con mi hijo Isaac.» Récia cosa parecia esta á Abraham, á causa de su hijo. Mas Dios le dijo: «No te parezca cosa récia á causa del muchacho y de tu esclava; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque de Isaac tomará su nombre tu posteridad. Y aun al hijo de la esclava lo haré caudillo de un grande pueblo, porque es hijo tuyo.»

Levantóse, pues, Abraham de mañana, y tomando pan y un odre de agua, cargólo sobre el hombro de Agar, y le entregó su hijo, y despidióla. La que habiéndose ido, andaba errante por el desierto de Bersabée. Y como se la hubiese acabado el agua del odre, abandonó al niño debajo de uno de los árboles que allí habia. Y fuése y sentóse enfrente, á lo lejos, á la distancia de un tiro de arco, y dijo: «No veré morir al hijo mio.» Y sentada en

frente alzó su voz y lloró. Y oyó Dios la voz del niño, y el ángel de Dios llamó á Agar desde el cielo, diciendo: «¿Qué haces, Agar? No temas, que Dios ha oído la voz del muchacho desde el lugar en que está. Levántate, alza al muchacho y tómallo de la mano; pues lo haré caudillo de un gran pueblo.» Y Dios le abrió los ojos, y viendo un pozo de agua, fué y llenó el odre y dió de beber al muchacho. Y Dios estuvo con él. Creció y moró en el desierto, y se hizo un hábil tirador de arco. Habitó en el desierto de Faram, y su madre le escogió una mujer de la tierra de Egipto (1).

El Apóstol de las naciones, venido del tercer cielo, nos descubre el velo del misterio de los dos hijos de Abraham. Los cristianos de la Galatia, engañados por falsos doctores, se creían aún obligados á la ley ceremonial de los judíos. San Pablo les escribió entonces: «Decidme vosotros, los que quereis estar bajo la ley, ¿no habeis leído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, el uno de la esclava y el otro de la mujer libre. Pero el que nació de la esclava nació segun la carne, y el que nació de la mujer libre, nació en virtud de la promesa. Porque estas dos mujeres son las dos alianzas, de las cuales la primera, que ha sido establecida sobre el monte Sina, y que no engendró más que esclavos, está figurada por Agar. Porque Sina es un monte de Arabia que tiene enlace con la que ahora es Jerusalem de aquí abajo, la cual es esclava con sus hijos; mientras que la Jerusalem que está arriba es libre y es nuestra madre. Porque está escrito: alégrate la estéril, que no pares; esfuérate y

(1) Gén., 21.



da voces la que no está de parto, porque son muchos más los hijos de la desolada que de aquella que tiene marido (1).» Nosotros, pues, hermanos míos, somos los hijos de la promesa, figurados por Isaac. Y como entonces, el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el espíritu, lo mismo sucede también hoy. Pero ¿qué dice la Escritura? Echa á esta esclava y á su hijo; porque el hijo de la esclava no será heredero con el hijo de la mujer libre. Así, hermanos míos, no somos los hijos de la esclava, sino de la mujer libre; y Jesucristo es quien nos ha adquirido esta libertad (2).

Los dos hijos de Abraham figuraban así dos pueblos, el pueblo judío y el pueblo cristiano; el primero, nacido de Abraham, según la carne y la sangre; el segundo, nacido de Abraham, según el espíritu y la fe. Este último acababa de nacer, por la gracia del Espíritu-Santo, el día de la Pentecostés; ya había crecido bastante para ser alimentado como los niños, siendo susceptible de una nutrición sólida, cuando San Pablo escribía. El primero, nacido en la esclavitud del Egipto, agobiado bajo la ley del temor, que le fué impuesta en medio de los rayos del Sinai, pero envanecido de la sangre de Abraham, despreciaba y perseguía al hijo de la promesa y de la libertad.

Su expulsión con la sinagoga, su madre, no estaba aún consumada; lo ha sido después. Hace ya diez y ocho siglos que vemos la sinagoga esclava de la letra que mata, llevando sobre sus hombros una ley que no debía durar más que un tiempo, vagar en la soledad con su hijo, el pueblo judío. Ha perdido el camino. Sus provisiones se agotan. La ley que debía conducirla á la fuente de la vida eterna, á Cristo, ha llegado á ser para ella como una fuente seca. Perece de sed con su hijo. Sin embargo, ellos están sentados el uno y el otro cerca de la fuente del agua viva; pero tienen ojos y no la ven. Vendrá el día de la misericordia, en que Dios se los abrirá, y verán, y mitigarán la sed con nosotros.

(2) Isaías, 54.

(3) Galat., 4.

Se admirará quizá que Abraham, al despedir á Agar y á Ismael, no les diera más que pan y agua. Esto es porque la Escritura comprende bajo esta expresión toda clase de víveres. Así el mismo patriarca, que no había hablado á sus huéspedes más que de un poco de agua y de pan, les sirvió, sin embargo, lo mejor que había en su casa. Por otra parte, no eran necesarias grandes provisiones. Bersabée, en donde moraba Abraham, está en la frontera de Egipto, de donde era Agar. La antigua hospitalidad que reina aún en Oriente, les servía de otro recurso. Todavía hoy se entra en la tienda de un árabe, se coloca á su mesa y permanece con él muchos días tan libremente como si se hiciera entre los suyos. Dios permitió para cumplir más manifestamente la promesa que había hecho á Abraham, tener una Providencia especial para Ismael y hacerle tronco de una gran nación.

Hacia el tiempo en que Agar y su hijo acababan de partir, Abimelech vino con Ficol, príncipe de su ejército, á Abraham, y le dijo: «Dios está contigo en todo lo que haces. Júrame, pues, por Dios que no harás daño á mí ni á mis descendientes, ni á mi linaje, sino que conforme á la merced que te hice, así harás conmigo y con la tierra que habitaste como extranjero. «Sí, respondió Abraham, yo lo juraré.» Pero al mismo tiempo le dió sus quejas á causa de un pozo que le habían quitado por violencia los servidores de Abimelech. «No he sabido quién haya hecho tal cosa, respondió Abimelech, ni tú tampoco me lo has advertido, y yo no lo he sabido hasta hoy.» Abraham dió, pues, á Abimelech ovejas y bueyes, é hicieron entrambos alianza. Además, puso aparte siete corderas del rebaño. Abimelech le dijo: «¿Qué quieren decir estas siete corderas que has hecho poner aparte?» Abraham le respondió: «Recibireis estas siete corderas de mi mano, para que me sean en testimonio de que yo cavé este pozo. Por esto, fué llamado á aquel lugar Bersabée, ó pozo del juramento, porque allí juraron ambos. Y levantóse Abimelech y Ficol, jefe de su ejército, y volviéronse á tierra de los palestinos. Mas Abraham plantó un bosque en Bersabée é invocó allí el nombre del Señor Dios



Eterno, y habitó durante muchos días en la tierra de los palestinos (1).

Abimelech quiere decir padre-rey. El príncipe de Gerara parecía haber sido digno de este bello nombre. Se ve en su carácter algo de paternal y de patriarcal. Conocía y temía á Dios; sabía que ciertos crímenes atraen castigos sobre sus reyes y sobre sus reinos. Trata con humanidad á los extranjeros. Ama á su pueblo y provee á su felicidad en el porvenir. Viendo que Dios bendijo en todo á Abraham, asegura á su familia y á su reino la alianza y la amistad de este favorecido del cielo. Más tarde veremos á otro Abimelech, si es que no es el mismo, contratar con Isaac una alianza parecida.

Venerado y respetado de los hombres, con un hijo en quien debían ser benditas todas las naciones de la tierra, Abraham estaba en el colmo de la prosperidad. En este momento fué cuando Dios le probó y le dijo: «Abraham, Abraham.» Y él respondió: «Aquí estoy.» Dios añadió: «Toma á tu hijo unigénito, á quien amas, Isaac, y ve á la tierra de vision; y allí lo ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que te mostraré.

Y levantándose Abraham antes de amanecer, aparejó su asno, llevando consigo dos mozos y á Isaac su hijo; y después de haber cortado leña para el holocausto, fué al lugar que Dios le había mandado. Y al tercer día, habiendo alzado los ojos, vió el lugar de lejos, y dijo á sus mozos: «Esperaos aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allá, y después que hayamos adorado, volveremos á vosotros.» Tomó también la leña del holocausto y cargóla sobre Isaac su hijo; y él llevaba en las manos el fuego y el cuchillo; y caminaban los dos juntos. Dijo Isaac á su padre: «Padre mío.» Y él respondió: «¿Qué quieres, hijo?» «Hé aquí, dijo, el fuego y la leña: ¿en dónde está la víctima de holocausto?» Y dijo Abraham: «Dios se proveerá de víctima del holocausto, hijo mío.» Y ellos caminaban juntos.

Quando llegaron al lugar que Dios le había mostrado, Abraham hizo un altar, y encima de

él acomodó la leña, y atando á su hijo Isaac, púsole en el altar sobre la hacina de la leña; extendió su mano y tomó el cuchillo para degollar á su hijo. Pero el ángel del Señor clamó del cielo, diciendo: «Abraham, Abraham.» Y él respondió: «Aquí estoy.» Y el ángel dijo: «No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora he conocido que temes á Dios, y que no has perdonado á tu hijo único por amor de mí.»

Alzó Abraham sus ojos, y vió á sus espaldas un carnero enredado por las astas en un zarzal, y tomándolo, ofreciólo en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó á este lugar: «el Señor ve.» Por lo cual hasta el día de hoy se dice: «el Señor verá en el monte.»

El ángel del Eterno llamó á Abraham segunda vez desde el cielo, diciendo: «Por mí mismo he jurado, dice el Señor; por cuanto has hecho esta acción y no has perdonado á tu hijo por amor de mí, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está en la ribera del mar; tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos; y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido á mi voz.»

Volvióse Abraham á sus mozos, y fuéronse juntos á Bersabée y habitó allí (1).

Se conoce la montaña de Moriah. Es aquella en donde fué construido el templo de Salomón (2), y cuya cima se llama el Calvario. Isaac lleva allí la leña sobre la que debe ser inmolado; Jesucristo llevará el madero sobre el cual debe ser sacrificado. Isaac es el hijo único de Abraham; Jesucristo es el Hijo único de Dios. Isaac es atado vivo sobre la leña de su holocausto; Jesucristo es atado vivo sobre el madero de su sacrificio. Isaac, de cerca de treinta años de edad, hubiera podido fácilmente sustraerse de la muerte; fué atado sobre la pira porque quiso. Jesucristo, igual á su Padre en poder, habría podido fácilmente sustraerse de la muerte; fué ofrecido porque quiso. Isaac fué inmolado por su padre, que había puesto en él

(1) Gén., 22.

(2) Paral., 3.

(1) Gén., 21.



todo su amor; Jesucristo lo fué por su Padre, que tenía en él todas sus complacencias. Dios ha amado de tal manera al mundo, que ha dado su Hijo único (1). Por amor á nosotros, trató al que no conocía el pecado como si fuera el pecado mismo, á fin de que en él llegásemos á ser justos de la justicia de Dios (2). Todos nosotros como ovejas nos extraviáramos, cada uno se desvió por su camino; y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros. El se ofreció, porque él mismo lo quiso. Yo le he herido, dice su Padre, por la maldad de mi pueblo (3).

La sinagoga suplica en nombre y por los méritos de Isaac; la Iglesia ruega en nombre y por los méritos de Jesucristo (4). El sacrificio de Isaac era la figura; se cumplió en figura en la obediencia del padre y del hijo. El sacrificio de Jesucristo es la realidad: se cumplió realmente. Entre tanto, un carnero, la sangre de los animales, sustituyen al primero y continúa en figura el segundo. Esta sangre figurativa, el sacerdocio figurativo de Aaron, se ofrecerá sobre el monte Moriah, en el templo, hasta que sobre la misma montaña el sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec, haya ofrecido la sangre divinamente propiciatoria, su propia sangre, en la cruz.

Abraham entrevió este gran misterio (5). Por la fe, dice el Apóstol, Abraham ofreció á Isaac cuando fué probado; y ofreció á su hijo unigénito, el que había recibido las promesas, á quien se había dicho: «En Isaac te será llamada simiente;» considerando que Dios le podía resucitar aún de los muertos, por lo cual lo recibió también en esta representación (6). Es indudable que para recompensar la heroica obediencia del padre y del hijo, Dios les reveló el sentido misterioso y profético de su sacrificio. ¡Qué inefables sentimientos de alegría y de piedad debieron inundar entonces su

(1) Joan., 3, 16.

(2) 2. Cor., 5.

(3) Isaías, 53.

(4) Carta prim. de M. Drach, pág. 70; id. *Harmonía entre la Iglesia y la Sinagoga*, t. I, págs. 109 y 110, y Mich., texto caldaico, 7, 20.

(5) Chrysost., in *Gén. Homil.*, 47. Aug., in *Joan. tract.*, 43.

(6) Heb., 11.

alma! ¡con qué ardor anhelarían ver el día de este otro Isaac, en quien Dios prometía con juramento que serían benditas todas las naciones de la tierra! Pero ¡cuáles no debieran ser nuestros sentimientos de fe y de amor, nosotros que vemos el cumplimiento de todas estas promesas!

El sacrificio del padre de los creyentes no sólo es celebrado entre los cristianos, judíos y árabes, sino que ha sido conocido aún de los paganos. Un antiguo autor, que compuso un libro contra los judíos, y que por lo mismo estaba dispuesto á rechazar en su historia todo lo que podía ponerse en duda, Melon, escribe que Abraham, ilustre por su sabiduría, tomó dos mujeres, una de su país y de su familia, la otra de Egipto, que había sido esclava; que de la egipcia tuvo doce hijos, que llegaron á ser doce reyes árabes; que de su mujer principal no tuvo más que uno solo, cuyo nombre griego es Gelos ó Risa; que Dios le mandó inmolar á este hijo único; que inmediatamente se fué á una montaña, allí construyó una pira, colocó sobre ella á Gelos, é iba á inmolarle, cuando fué impedido por un ángel, y ofreció un carnero en lugar de su hijo (1).

El fenicio Sanchoniathon, según lo hemos notado ya, habla igualmente de este sacrificio en el fragmento que se le atribuye. Allí se ve, en efecto, un personaje que, como Abraham, tiene dos hermanos, se circuncida y hace practicar la circuncisión á todos los suyos; tiene dos mujeres, dos hijos, inmola al cielo uno de ellos, el único de su mujer verdadera, y esto sobre un altar que él mismo construyó. Este hijo que es inmolado se llama Yehud; y en efecto, en el hebreo ó el fenicio, Dios dijo á Abraham: «Toma á tu hijo, tu Yehud,» es decir, tu único. En fin, siguiendo á Sanchoniathon, los fenicios llamaban á este personaje Israel, lo que es fácil de creer. Como los judíos se llamaban hijos de Israel, los fenicios podían aplicar fácilmente este nombre al más famoso antepasado de los judíos (2).

(1) *Apud Euseb.*, lib. IX, cap. XIX.

(2) *Apud Euseb.*, lib. I, cap. X, págs. 38 y 40, libro IV, cap. XVI, págs. 156 y 157.—Shuckfor, *Historia del mundo*, lib. VI.



Por lo demás, Abraham se nos presenta en este fragmento como un personaje divino. Su padre se llama allí en fenicio Él, es decir, Dios (1). La Escritura misma nos hace ver algo de parecido en lo que le dice un pueblo de Canaan con ocasión de la muerte de Sara.

Murió á la edad de ciento veintisiete años en la ciudad de Arbée, llamada después Hebron, en la tierra de Canaan, y vino Abraham para las ceremonias fúnebres y para llorarla; y cuando hubo acabado los oficios del funeral, habló á los hijos de Heth, diciendo: «Soy entre vosotros un advenedizo y un extranjero; dadme la posesión de un sepulcro en medio de vosotros, á fin de que entierre la que he perdido.» Los hijos de Heth respondieron: «Oyenos, señor; eres entre nosotros príncipe de Dios; en lo más escogido de nuestros sepulcros entierra á la que has perdido, y ninguno te podrá impedir que entierres en su sepultura á la persona que has perdido.» Abraham se levantó y se inclinó ante los hijos de Heth, y les dijo: «Si os place que entierre á la que he perdido, escuchadme, é interceded por mí cerca de Ephron, hijo de Seor, á fin de que me dé su caverna de Macphela (la cueva doble), que tiene al cabo de su campo, que me la dé delante de vosotros, por su justo precio, para posesión de sepultura. Y habitaba Ephron en medio de los hijos de Heth. Y respondió Ephron á Abraham, oyéndolo todos los que entraban por la puerta de aquella ciudad, diciendo: «No sea así, señor mio; antes bien escucha lo que digo: te doy el campo y la caverna que hay en él en presencia de los hijos de mi pueblo; entierra á tu muerto.» Abraham se inclinó delante del pueblo, y habló á Ephron rodeándole la gente: «Por tu vida que me oigas; daré el precio del campo; recíbelo, y de esta manera enterraré en él mi

(1) *Euseb.*, lib. I, cap. X, pág. 36.

muerto.» Ephron respondió: «Señor mio, óyeme; la tierra que pides vale cuatrocientos siclos de plata; ¿qué cantidad es esta entre mí y tí? Entierra tu muerto.» Lo cual oído por Abraham, pesó el dinero que había pedido Ephron, á presencia de los hijos de Heth, cuatrocientos siclos en moneda corriente. Y el campo que antes era de Ephron, situado en Macphelah, que mira á Mambrée, tanto el campo como la cueva y todos sus árboles, en todo su término al rededor, pasó á Abraham, á vista de los hijos de Heth y de todos los que entraban por la puerta de la ciudad (1).

En seguida Abraham enterró á su mujer Sara.

Se respira en toda esta narración como un perfume de urbanidad antigua. Nada hay tan bello en los autores profanos. El pueblo está reunido á la puerta de la ciudad; allí es donde se administra justicia, allí se tratan los negocios. De aquí que en el estilo oriental la Puerta sea sinónimo de córte. Allí se ve aparecer al jefe de una tribu nómada; hace algún tiempo que derrotó á cuatro reyes y dió la libertad á todo un pueblo; tiene por aliados otros reyes. Sin embargo, pide alguna cosa. ¿Cuál será? ¡La posesión de un sepulcro! «No soy, dice, más que un extranjero y un advenedizo.» «Eres para nosotros, respondió todo el pueblo, un príncipe divino. Escoge el sepulcro que te plazca; ninguno te rehusará el suyo.» Abraham se inclina profundamente, y ruega á la asamblea que obtenga de uno de los principales habitantes la venta de una cueva. Al punto se entabla un combate de generosidad. El propietario le cede, no sólo la cueva, sino el campo donde está situada. Estrechado por Abraham, apenas se resigna á decirle el valor. ¿Quién nos concederá volver á ver estas costumbres patriarcales?

(1) *Gén.*, 23.